

ERNESTO LAROCHE
Director del Museo Nacional de Bellas Artes

ALGUNOS

PINTORES
Y
ESCULTORES

COMPRADO A:
El libro argentino
FECHA: X-61 PRECIO \$2000

927.5 L326a
Algunos pintores y escultores
Laroche, Ernesto



FARQ20071

EDICIÓN DEL MINISTERIO
DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
1939



PROLOGO...?



ESTE libro ha nacido con vida propia y larga. Por dos fundamentales razones: porque no solamente evoca con perfiles exactos y emoción sincera figuras desaparecidas, algunas de las cuales discurrieron en días ya lejanos por nuestras calles y nuestras salas de arte; dejando en ellas estela bien marcada de su pasaje, sino porque en su evocación ha puesto el autor mucho jugo de su alma de artista y de soñador. Un soñador de la estirpe de los que se nutren de realidad para elevarse a las regiones de la poesía, y un artista que humedece su retina y su espíritu en la naturaleza para llegar, por conocimiento y gusto de sus misterios, a esas armonías de dibujo y color, de luz y de espacio que exaltan todas sus creaciones pictóricas. ¿Necesitará presentación un libro de tal jerarquía y conciencia y de pintor de tal prestigio y autoridad?... Confieso que he hecho algunos prólogos, o cosa que presumían serlo, y que tiempo hubo en que me perseguían con torturante ensañamiento. Y también confieso que no me duelo de ellos, porque sería sonrojarme de actos de mi exclusivo albedrío, y, al propio tiempo, negar dos verdades positivas: la de la paternidad que los mismos pregonan y la que en su entraña, más o menos fecunda, esparcí voluntariamente. En más de una ocasión, sin embargo, y en momentos en que la potencia vigilante e inexorable que todos llevamos en nuestro interior se divierte, en complicidad con el recuerdo, en aventar el polvo que cubre las acciones realizadas con o sin premeditación por el hombre, obligándolo a entornar los párpados para huírle a la sangre que con color de vergüenza se le agolpa en las mejillas, me he formulado, como en acto de contrición, estas preguntas: ¿Han servido para algo esos prólogos? ¿Han prestado a los autores y a las obras, aunque sólo fuera en intención, el amparo que pretendían extender sobre unos y otras? Con franqueza: créo que no. Tampoco creo que hayan servido, en cuanto a mejorar la calidad de la producción prologada, dígase lo que se quiera, los muchos, y algunos de ellos ma-

ravilla de elocuencia, aticismo y belleza, que desde las horas de esplendor de la tragedia griega hasta nuestros días se han concedido y escrito. Absurdo sería desconocer que el prólogo ha sido en determinadas épocas una necesidad y toda una severa y protocolar institución, como lo fueron las disertaciones de los mantenedores en los Juegos Florales, y lo es todavía la de los discursos en los banquetes y la de las oraciones fúnebres en los entierros: homenaje éste que a la tradición, motejada por algunos de costumbre o de rutina, rinden los espíritus conservadores, y muy en especial, los antitradicionalistas activos. Gozó el Prólogo —y de ahí su inevitable intromisión en las obras literarias y escénicas de muy dispares categorías— de un fervor tan encendido que por fuerza debía de hacer acto de presencia en los teatros de todas las edades y latitudes, encarnando unas veces, y otras sustituyendo la personalidad del autor, con el objeto de orientar al público en la manera de leer, oír y entender —pues de una función a otra va mucha distancia— la pieza a representarse, para evitar las forcidas interpretaciones que provocaban y provocan siempre, con exposiciones o sin ellas, desde la época sabia de Homero hasta esta que disfrutamos alegre y confiadamente, y que nada tiene de sabia ni de griega... Para el libro que ofrece algo más que un complicado malabarismo de vocablos y aspira a labrar hondo en la vida de las ideas y de los sentimientos, y que de paso intenta, como el de Laroche, definir posiciones entre las figuras que en el transcurso de su existencia, empujadas por anhelos superiores, combatieron denodadamente en el mundo de las ciencias y de las artes, el prólogo es un lujo superfluo y negativo desde cualquier punto de vista que se le encare: porque si el libro encierra valores indiscutibles —y es el caso del que motiva estas líneas—, nada de lo que pueda afirmar el prologuista ha de ser factor decisivo de sus méritos, puesto que estos méritos constituirán el único origen y efecto del triunfo que logre alcanzar; y porque si nace huérfano de sustancia y de otras bondades vitales, le ocurrirá fatalmente lo que a los individuos que presumen de valentía o de saber sin darse cuenta de que del físico del hombre se desprende siempre algo que pertenece al espíritu, según la frase de un ensayista moderno. Ernesto Laroche ha preparado lenta y concienzudamente, con materiales tan interesantes como auténticos, que es decir suyos, un libro revelador de valores desconocidos u olvidados —que el olvido horada más que el desconocimiento—, reconstruyendo con arte amplio, sencillo y transparente, como los ambientes y cielos de la mayoría de sus cuadros, figuras que han demarcado áreas y momentos trascendentales en nuestra gesta cultural. ¿Qué puedo decir yo de su labor silenciosa que no lo descubra él mismo con su lealtad característica, de sabor agrio para algunos, no siempre grata para los oídos y la vanidad de